



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Vicerrectorado de Cultura y Sociedad

Un relato envenenado

María Ángeles Alemán Gómez



PRIMER PREMIO 2020

Un relato envenedado

María Ángeles Alemán Gómez

UN REGALO ENVENENADO

Inés Rosales

Cuando estalló la guerra civil estaba en su poder el film y, temeroso ante los acontecimientos, lo enterró en un lugar cercano a su casa, baldío... Es muy posible que ahí siga en su sitio convertida en arena, en polvo o en un alacrán peligroso.

Domingo Pérez Minik, *Facción española surrealista de Tenerife, 1975*

Nadie sabe cómo llegó Teodoro Maisch a Las Palmas de Gran Canaria. Solo se intuye, o se calcula a través de las fotografías que fue tomando, que hacia 1925 ya se había instalado en un estudio de la calle León y Castillo, entonces paralela al mar.

Ahí, en una zona batida por los alisios, Teodoro Maisch desarrolló su actividad como fotógrafo. Nada escapaba a su mirada formada en los talleres de Alemania. Las lavanderas en las acequias, los barcos que fondeaban en el Puerto de La Luz, las muchachas con mantilla blanca, los torreones de la ciudad y las montañas de la isla, todo, o casi todo, fue retratado por él. No existen, sin embargo, retratos de Teodoro Maisch. Ya fuera por modestia o por sentido práctico, su rostro no aparece por ningún sitio y, pese a buscarlo entre sus fotografías y las de sus coetáneos, es imposible imaginar su estatura, sus facciones o el color de su pelo.

Sí sabemos, con seguridad, que fue miembro de la Logia Andamana creada por esos años en Gran Canaria. Los masones de la joven logia fueron visitados en 1932 por sus hermanos de Tenerife. El encuentro fue memorable y, además de las reuniones, disfrutaron de una hermosa excursión por el centro de la isla. Teodoro Maisch fotografió aquellos momentos felices y el álbum quedó para el recuerdo, debidamente firmado por él como fotógrafo y hermano masón. Lo que no imaginaba Teodoro Maisch era que esas fotografías iban a costarle la vida.

Las islas eran entonces un lugar estratégico: algunos extranjeros instalados en ellas eran espías en el sentido estricto de la palabra. Entre ellos se encontraba Kurt Hermann, nazi convencido, que miraba con malos ojos al abierto y liberal Teodoro Maisch. Algunas amenazas veladas habían llegado a oídos del fotógrafo que, pese a ellas, siguió trabajando con la determinación de siempre.

En la primavera de 1936, y posiblemente porque se seguía encontrando con la sombra de Hermann, Teodoro Maisch no se sentía seguro. Así que cuando recibió, en una mañana de abril, un paquete remitido desde Tenerife, intuyó que podía ser comprometedor.

Tuvo que esperar hasta la caída de la tarde para quedarse solo en el estudio y entonces, después de cerrar bien la puerta, entró en el cuarto oscuro donde revelaba sus fotografías. Desenvolvió con cuidado el paquete de papel marrón, sacando la caja metálica que había dentro. Con su mirada de experto supo de inmediato lo que tenía en sus manos: la copia de *La Edad de Oro* que había llevado Breton a Tenerife.

Teodoro Maisch sabía, porque alguien se lo había dicho y porque interpretaba bien las miradas, que su estudio no era un lugar seguro. Al día siguiente, antes de amanecer, metió en una bolsa la caja metálica y subió despacio la calle Bravo Murillo, dirigiéndose al Instituto de Las Palmas, donde estaba la única persona a la que podía pedir ayuda. En el camino se paró a tomar un café con leche para calentar el cuerpo y antes de las siete estaba esperando entre las sombras. Al cabo de un rato vio llegar al director, el flaco y nervioso Agustín Espinosa, caminando ligero. Teodoro Maisch se le acercó y ambos entraron en el instituto. Poco después el fotógrafo salió descargado de su preocupación y de la película y Agustín Espinosa, que había sido siempre muy confiado, se dirigió tranquilo a dar la primera clase de la mañana.

Después de este encuentro, Teodoro Maisch mantuvo su estudio abierto durante ese mes de abril y durante los meses siguientes y, después de empezar la guerra, siguió trabajando a pesar de las penurias. Aguantó como pudo los malos tiempos y cuando en 1940 pensaba que podía volver a la tranquilidad, fue denunciado por Kurt Hermann. La detención de Teodoro Maisch debió de ser terrible: al cabo de una semana había muerto.

En el calor del mes de julio

—Siento decírtelo, Eduardo, pero esto ha sido un regalo envenenado.

—Lo sé, amigo mío. Pero no había mala intención. Si no, ¿cómo íbamos a pagar todas esas letras que nos quedan por delante?

Domingo suspiró. Tenían una deuda de casi cinco mil pesetas por la exposición surrealista y su amigo Eduardo estaba en lo cierto:

—Tienes razón, Eduardo, tienes razón. Pero algo hay que hacer, la película esa es un peligro. Ya sabemos que al alemán lo tienen vigilado.

—Así es, Domingo. Pero él ya no la tiene. Eso me parece por la última carta que recibí.

—Hay que buscar una solución —afirmó Domingo mirando al suelo.

Algunas flores quemadas por el sol manchaban el pavimento. El calor de Santa Cruz era pesado y pegajoso. Se quedó un segundo abstraído. Pensaba en el fotógrafo alemán que empezaba a perder clientela y en la película que tantos disgustos les había causado. Domingo no quería preocupar más a Eduardo, pero intuía que enviar la película de Buñuel a Las Palmas y dejarla en manos del alemán podía ser mucho más peligroso de lo que podían imaginar.

Lo que ambos ignoraban era que Espinosa se había hecho cargo de la película y a esa hora, en la vecina isla de Gran Canaria, contemplaba las plataneras que crecían a los lados de la carretera desde la ventanilla del pirata. Se sentía inquieto y nervioso y pensaba, mientras perdía la mirada en las solitarias fincas de Tafira, que había sido un grave error aceptar el paquete que le había llevado el alemán. Con su entusiasmo por el Surrealismo y la admiración que sentía por Buñuel, había recibido gustoso aquella caja redonda y plana, pero los tiempos estaban cambiando a velocidad de vértigo y en los cines de Las Palmas le habían dado la espalda: nadie quería proyectar aquella cinta incomprensible que empezaba como un documental sobre los alacranes.

Su último intento había sido esa tarde al llevarla al Pabellón Recreativo, que tanto servía para ver peleas de gallos como para proyectar películas, pensando que ahí se encontraría con alguien conocido. Pero no había aparecido nadie y después de esperar hasta las seis, desalentado y cansado, había decidido volver a su casa. Pensaba, además, en la inquina, cada vez mayor, que sentía hacia él el dichoso sacerdote Socorro, el profesor de latín que le buscaba cada vez más por los pasillos del instituto. Espinosa se sentía amenazado y no sabía ya qué hacer para evitar las malas artes de aquel hombre envidioso y mezquino. Escribiría algún artículo sobre sus poemas, decidió. Al menos serviría para apaciguar aquella escalada de mentiras y amenazas.

Miró su gastado maletín del instituto, en el que llevaba la película. Pensó de nuevo en sus esfuerzos fallidos, en las caras de repugnancia o de escándalo que habían puesto los dueños de los cines de Las Palmas. Esa cinta se había convertido en un problema y no sabía qué hacer.

El pequeño autobús, el pirata, se detuvo. Agustín bajó de un salto y mientras se ajustaba bien el sombrero miró la luna posterior del vehículo. Distinguió entonces la cabeza tonsurada y el cuello de la sotana de su peor enemigo. No se había dado cuenta de que estaba sentado detrás de él. Sintió un escalofrío.

Esa misma tarde en París, en su estudio recargado de objetos, André Breton se disponía a escribir una carta. Encendió la lámpara y miró a Jacqueline arrobado mientras ella

salía de la habitación: su belleza le había encandilado desde el primer minuto. Suspiró y cargó la pluma con tinta verde, una rareza, una pequeña extravagancia, propia de alguien como él, que había creado el Surrealismo. Con esa misma tinta verde había escrito a Luis Buñuel, dos años antes, pidiéndole una copia de *La Edad de Oro* para llevarla a Tenerife. El aragonés, que entonces trabajaba en la Warner Brothers como director de doblaje, se la envió sin problema y Breton la llevó consigo. Pero en Tenerife, durante su estancia, no pudieron proyectarla y la dejó como regalo a sus anfitriones. Breton los recordaba con simpatía, aunque sin demasiado afecto. Para eso estaba Benjamin Pèret, su fiel amigo, que se había encariñado con ellos, especialmente con aquel poeta tan feo y tan interesante que era Pedro García Cabrera. La Gomera, pensó Breton. Le hubiera gustado conocerla. Después de Tenerife solo tocaron Gran Canaria un par de días y ahí les atendió Andrés Peñate, que por suerte hablaba un francés excelente. Breton pensó que aquel hombre que usaba pajarita y fumaba en pipa podía parecer un hermano, aunque más alto y delgado, del joven Westerdahl.

Breton había oído cosas muy inquietantes de España y sabía que algo se estaba barruntando, pero no imaginaba que en aquellas islas tan lejanas llegase a suceder nada malo. Además, pensó, el querido Óscar, el gran Óscar, estaba también en su isla natal pasando el verano. Pero pedirle información al surrealista Domínguez era un esfuerzo inútil: en realidad ni siquiera sabía si seguía en Tenerife o ya había embarcado. Así que escribió la fecha, 15 de julio de 1936, y empezó la carta.

Una noche de septiembre

Esta misiva, cuya tinta verde aún no se ha borrado, llegó a su destino con mucho retraso. Era ya septiembre y el calor había pasado a ser el menor de los problemas: la guerra había estallado en julio y la angustia, las detenciones y el miedo se habían instalado en el ambiente. A principios de septiembre la victoria de los militares insurrectos era, o al menos eso afirmaba la *Gaceta de Tenerife*, aplastante. Pero lo que no sabían los redactores de este periódico es que todavía quedaba mucha guerra y muchas muertes por delante.

Cuando esa tarde Eduardo Westerdahl llegó a su casa, vio el sobre con la tinta verde encima de la mesa del comedor. Su madre le dejaba siempre las cosas importantes a la vista.

—Ha llegado esta tarde con el correo y también ha venido Lázaro para darte un recado. Esta vez no vino con malas noticias. Solo me dijo que tengas siempre encima el pasaporte.

—Gracias madre —dijo Eduardo, cogiendo el sobre con matasellos de París. —Y que tengas cuidado con las reuniones, que no te veas con tus amigos, sobre todo con Domingo; ya sabes que ha salido de milagro —le dijo con pena.

—Lo sé, madre —le respondió Eduardo, más preocupado por la tristeza de su madre que por su propia seguridad.

Cenaron en silencio y, después de un rato escuchando la radio, se retiraron a dormir. Ya en la cama, apoyado en las almohadas y con la escasa luz de la lamparilla, Eduardo abrió el sobre y desdobló la carta escrita dos meses antes. Con avidez primero y después con tristeza, leyó las palabras de Breton: ahí le hablaba del viaje a Tenerife que tanto le había impresionado, del poema que había publicado en la revista *Sur* y le preguntaba, demasiado optimista, si habría posibilidad de hacer una edición en Canarias. Cuando se dio cuenta Eduardo Westerdahl, tan estoico siempre, tenía los ojos empañados. Ya no habría más viajes surrealistas, ni más poemas, ni más amores pasionales, eso al menos pensó en ese momento.

Horas más tarde, pasada ya la medianoche, en una casa de campo del Madroñal, Andrés Peñate oyó un ruido extraño. Asustado, le pidió a su mujer que subiera al dormitorio y trancase bien la puerta. Los golpes eran débiles, pero no se sabía lo que podía pasar en aquel tiempo de guerra, así que se abrochó bien los botones del chaleco: si lo iban a detener, que al menos fuera vestido como un hombre decente. Bajó al jardín con un farol porque hasta ahí no llegaba la luz eléctrica. Antes de descender el cerrojo oyó una voz conocida. Aunque era un hombre templado cuando abrió la puerta, sintió que el alma se le caía a los pies. Delante de él, demacrado y exhausto, estaba Agustín Espinosa:

—Tengo que pedirle un favor -le dijo Agustín, dándole una saca de lona.

Andrés Peñate ayudó a Espinosa a entrar en el patio, cerró la puerta, echó el cerrojo y agarró bien la saca. No había nadie en los alrededores y la noche estaba oscura, aunque a veces la luna se asomaba entre las nubes. Solo se oían los grillos y Andrés miró a aquel hombre enfermo, sin entender cómo había podido subir por los barrancos hasta su casa. De momento los muros de su finca le protegerían. Aunque todo era de momento, pensó, mientras entraban en la casa intentando no hacer ruido. Su mujer se asomó por la barandilla del piso alto y, apenas en un susurro, le preguntó si necesitaban algo.

—No te preocupes, Claire, vete a dormir. Todo está en orden.

Cuando consiguió hablar, después de beber un vaso de agua como si le fuera la vida en ello, Agustín le empezó a contar. Al principio Andrés Peñate no entendió nada, pues al pobre Espinosa se le atragantaban las palabras, pero poco se hizo una idea y supo que allí en la saca, escondida debajo de unos trozos de pan, había una lata metálica y un grave problema.

—Aquí está la película de su amigo Buñuel —le dijo Agustín—. Me está quemando las manos. A mí me tienen vigilado en el instituto y el maldito cura no para de decirme que acabará conmigo.

Andrés Peñate miró la lata. Era redonda y plana y sabía bien lo que había dentro. De hecho, era un admirador del aragonés y hasta le había ayudado a rodar alguna escena en sus tiempos de estudiante en París, pero miró la noche oscura más allá de la ventana y supo que era arriesgado guardarla en su casa.

—Yo no puedo tener esto aquí, amigo Espinosa. Pondría en peligro a mi mujer y a mis hijas —le explicó amablemente. No eran amigos, pero tenían a gente en común y el respeto que sentían el uno por el otro era mutuo.

—Ya lo sé, Andrés, y no sabe cómo le entiendo. Pero algo habrá que hacer. Yo no puedo más. Me persiguen por todo. He podido venir porque nadie, ni siquiera mi mujer, sabe que estoy aquí.

Andrés Peñate era un buen hombre y, mientras ganaba algo de tiempo para tomar una decisión, fue a la cocina, pues algo tendría que tomar el agotado Espinosa. Curiosamente, fue en aquellos minutos, mientras vigilaba la sopa para que no se rebosara, cuando entendió que más allá de los muros de su finca el mundo se había vuelto loco, que al pobre Espinosa lo iba a matar la úlcera antes que la guerra, y que si él no escondía la película de Buñuel, algún día se arrepentiría.

Le llevó el plato de sopa y una manta al inesperado huésped. Las contraventanas estaban bien cerradas y, aunque se oía algún ladrido, la noche seguía serena. Apagó la mortecina luz del vestíbulo y, llevando la caja metálica, salió de nuevo al patio y se fue al taller donde fabricaba sus hermosos muebles. Le habían hecho un encargo, un arcón, para una casa de campo. Aunque el cliente le pidió que tuviera aspecto artesano, Andrés Peñate no podía evitar su pasión por el *art decó*, por lo que el mueble, de madera de castaño con molduras y aspecto rústico, era por dentro una joya de cristal negro. Con cuidado encajó la lata redonda y plana entre el vidrio pulido y la madera. De esa forma no haría ruido, no se notaría y su cliente nunca sabría lo que tenía escondido. Pero lo que no sabía todavía Andrés Peñate, porque eso ocurriría en el futuro, era que el cliente desaparecería pronto en la guerra y ahí quedaría el mueble, arrinconado en su taller y tapado con una lona.

Una madrugada de enero

Unos golpes en la puerta me despiertan en plena noche. Miro por la ventana con cuidado y no veo a nadie, pero un coche oscuro y siniestro está parado junto al muro de la casa. Hay silencio en el barranco. Ahora solo se oye la lluvia, que cae sin parar desde hace días. Desvelada, inquieta, preparo una infusión caliente.

El sueño que tenía era tan vívido que parecía real. Recuerdo bien la casa de mi abuelo y últimamente sueño con ella a menudo. Aquella casa llena de rincones y con una capa de polvo que mi madre siempre criticaba. Rememoro los largos fines de semana en los que a veces oían conversaciones en voz baja, que se interrumpían cuando entraba en la habitación. Pero con trece o catorce años, aquello me daba igual; en realidad no me interesaba en absoluto. Lo único que quería era que me dejaran en paz para curiosear los libros de mi abuelo y para contemplar las esculturas que hacía en sus ratos libres, así que era feliz sin saber de qué hablaban.

En medio de la noche una idea empieza a tomar forma. El coche desconocido aparece con frecuencia en los últimos meses, con demasiada frecuencia, desde que mi amiga Soledad publicó un artículo sobre los contactos de mi abuelo con Luis Buñuel. Fue un artículo sorprendente pues nadie se imaginaba que aquel hombre tan callado y serio, dedicado a su trabajo de ebanista, tuviera un pasado tan intenso.

Ahora recuerdo la tarde en que ella trajo a casa las cartas que había descubierto. Nos habíamos reído las dos leyendo cómo mi abuelo, con su peculiar sentido del humor, contaba una historia inverosímil a su amigo Pérez Minik, a quien quería tanto, confirmándole siempre que la película de Buñuel se la había quedado el fotógrafo alemán y dándole ideas de cómo, enterrada en un arenal, se habría ido convirtiendo en un alacrán, en raíces o en cinta giratoria hasta el infinito.

Recuerdo la última conversación con mi amiga. Estaba recibiendo llamadas a horas intempestivas y alguien le había preguntado, insistente, dónde estaban todos los documentos que había encontrado. Algo había tocado su artículo y ese algo era un misterio sin resolver desde hace años. Ahora sé quién conduce el coche desconocido.

De pronto lo entiendo todo. Miro con detenimiento, por primera vez desde que lo heredé, el mueble que hizo mi abuelo, el que nadie quería y estaba arrinconado en el taller, el arcón de aspecto artesano y corazón de cristal negro. Acaricio la madera y abro la tapa. Ahora sé que aquí, debajo del cristal, protegida de la luz, está la copia perdida de la Edad de Oro.